

A PROPOSITO DE DON MARCO FIDEL SUAREZ

“Viendo estas líneas en la portada del presente libro” — escribió don Marco Fidel Suárez en el prólogo de la primera edición del *Tratado de pruebas judiciales*, por Carlos Martínez Silva —, “el lector recordará tal vez ciertos usos algo estraños, por ejemplo, que el auriga vaya acomodado en el coche, en tanto que el señor maneja las riendas. Así suele ser la moda, y ya se sabe que en materia de prólogos ella va entrando por mucho”. Nosotros la seguiremos esta vez más por obediencia que por afición, pues no podemos negarnos a satisfacer el respetable capricho del Director del Instituto Caro y Cuervo, don José Manuel Rivas Sacconi, uno de los más autorizados valores de la cultura nacional, justamente alabado por su excelente bosquejo histórico del humanismo colombiano.

Fallido sería el propósito de querer escribir sobre la obra múltiple de don Marco Fidel Suárez, maestro en disertar sobre diversas materias con gracia y elegancia y cuya obra literaria quedó inconclusa, desgraciadamente, entre varias causas, por no haber podido dar remate a su proyectada *Gramática castellana histórica* ni al diccionario de provincialismos complementado con “americanismos en general, colombianismos en particular, toponimias colombianas y etimología de los apellidos”, como ha escrito acertadamente Eduardo Cabello Calderón.

Plumas autorizadas se han ocupado con lujo de competencia en el estudio del señor Suárez como gramático y filólogo desde la época en que fueron publicados sus famosos *Estudios gramaticales*, que forman parte de la colección de escritores castellanos; no han faltado los doctos que han consagrado tiempo y ciencia para adentrarse en los diversos temas tratados por Luciano Pulgar en sus *Sueños* en los que el autor empleó el diálogo al estilo de los griegos y latinos, sistema que facilita

la contraposición de ideas para dar mayor realce a determinados conceptos; no pocos han sido los eruditos que han comentado con sagacidad sus obras en el campo del derecho internacional, sus constructivas labores en la Comisión Asesora del Ministerio de Relaciones Exteriores, y lo tocante al alcance de la llamada Doctrina Suárez que preconiza la vigencia de intereses e ideales comunes de los pueblos que integraron la Gran Colombia; y no han sido pocos los estudiosos que han analizado las actividades políticas del autor de la magistral oración *Jesucristo*, del ensayo sobre *El pronombre posesivo* y del apasionado *Análisis gramatical de Pax*. No obstante, la verdad es que aún no ha sido escrita la obra completa dedicada a estudiar la vida de don Marco Fidel Suárez, que analice, a lo largo de esa vida tan llena de interesantes incidentes, su obra múltiple colocándola en el lugar que le corresponde.

El material para el análisis de la obra política y literaria del señor Suárez está completo aunque disperso en gran parte. No ocurre lo mismo con su vida y con su compleja personalidad, caracterizada por una orgullosa humildad. Don Marco, como suele llamársele, conocía la superioridad que dan el talento, la ilustración y el esfuerzo personal, títulos que dan derecho a la consideración y al respeto. Desgraciadamente, con caracterizada timidez, contraponía a los atributos que poseía, un complejo de inferioridad, proveniente de cierto recelo que desde niño tuvo por experiencia acerca de la manera como en un medio social que había heredado marcados prejuicios sobre limpieza de sangre, se miraba a los humildes de nacimiento por los mimados de la fortuna que creían triunfar con el simple título de hijosdalgo. Tenemos por cierto que el complejo anotado y su contraposición a realidades diarias desde los años de juventud, influyó poderosamente en la formación de la personalidad del señor Suárez. Quien estudie a fondo este hecho comprenderá la psicología del autor de los *Sueños*, su desconcertante manera de proceder en determinadas circunstancias, sus contradictorios estados de alma, sus actuaciones políticas, su fingida modestia, su espíritu incisivo frente a quienes lo ofendían deliberadamente o incurrían en

alguna descortesía y su sinceridad para elogiar la amistad, el talento y la ilustración de quienes gozaban de sus simpatías.

Circunstancias especiales nos permitieron conocer de cerca al señor Suárez, no obstante la natural distancia que nos separaba y que él acortaba o ponía empeño en acortar, debido a la admiración y la gratitud que tuvo por el doctor Carlos Martínez Silva, y a la amistad que mantuvo con nuestro padre don Luis Martínez Silva desde los claustros del Colegio del Espíritu Santo.

No fue ciertamente, sobra decirlo, en el campo de las letras ni en el de la política, donde nos fue dado tratar al señor Suárez. Fue en el de la amistad, guardadas las debidas proporciones.

Siendo adolescentes nos detuvimos muchas veces a verlo caminar por las calles, cabizbajo, solo, indiferente a las miradas de los curiosos transeúntes que se hacían a un lado para darle paso. Surgían entonces en nuestra memoria involuntariamente anécdotas y comentarios que en veladas hogareñas oímos relatar. Parecíanos difícil hermanar tales relatos con la fama del señor Suárez al verlo caminar con paso firme en dirección a su modesta casa, situada en el antiguo Camellón de los Carneros, hoy calle 15. Su andar era lento; su atuendo era sencillo pero correcto; quizás un poco descuidado. Los pantalones no conocieron la línea recta que fija la plancha. Usaba camisa blanca, ajustado el cuello con una corbata delgada que solía cambiar de posición de acuerdo con el movimiento del cuerpo. El sombrero, uno de aquellos designados en el lenguaje bogotano con el nombre de 'coco' o 'calabaza', le cubría la cabeza ancha, circundada con hilos de plata. Si alguna persona lo saludaba a su paso, se llevaba con negligencia la diestra al sombrero en ademán de quitárselo ganando tiempo para pasar de largo sin tener que hacerlo. Pero en tratándose de personas importantes no había descuido. El señor Suárez se detenía y estrechaba cordialmente la mano del personaje.

Conviene explicar los antecedentes que acortaban la distancia que nos separaba del señor Suárez y que nos permitieron ser actores involuntarios de algunos incidentes que, analizados,

contribuyen a dar luz sobre la personalidad del sabio comentarista de la *Gramática* de don Andrés Bello.

Vencida definitivamente la revolución conservadora de 1876, en los sangrientos combates de La Donjuana y de Mutiscua, juzgaron los señores Carlos Martínez Silva y don Sergio Arboleda que era oportuno y necesario colaborar en la tarea de la educación de la juventud que había cambiado los claustros universitarios por los cuarteles. Los que no habían participado en la guerra se habían contagiado del espíritu bélico y de los perjudiciales odios de partido, de manera que el perjuicio sufrido por la juventud era en realidad general. Se hacía, pues, necesario pensar en una regeneración en el campo de la educación, y movidos por este noble empeño fundaron en Bogotá los señores Martínez Silva y Arboleda el segundo Colegio del Espíritu Santo, que dio principio a sus tareas en el local conocido entonces con el nombre de La Pila Chiquita, situado en el antiguo Camellón de San Victorino, prolongación en la actualidad de la calle 13. Nos referimos al segundo Colegio del Espíritu Santo porque el primero del mismo nombre lo fundó Lorenzo María Lleras, en 1834, es decir, treinta y tres años antes.

El plan de estudios adoptado por el nuevo plantel — anotamos en otra ocasión — fue, para su época, un gran paso de progreso, puesto que con estudios serios y severos exámenes tuvo como inmediato propósito la formación de verdaderos bachilleres, para luego entrar en las carreras profesionales de derecho, política, matemáticas, medicina, etc. Con el fin de lograr estos encomiables empeños sin necesidad de la colaboración de técnicos extranjeros, mensualmente se hacían exámenes o 'sabatinas' de todas las asignaturas, sorteando, para el efecto, al alumno y la materia sobre la que debía versar la prueba en presencia del colegio y de varios de los profesores. Estos exámenes obligaban a los estudiantes a repasar de continuo lo que iban dejando atrás y, por consiguiente, a mantener en sus cerebros un conjunto armonioso de las materias aprendidas. No estaban dislocados los años escolares y los jóvenes no estudiaban los cursos una sola vez con el único

fin de obtener un certificado de dudosa idoneidad. Se estudiaba porque se quería aprender y no por conseguir títulos o diplomas únicamente ¹.

Nihil sine numine fue el lema del colegio que tuvo también muy en cuenta el adagio latino: *Mens sana in corpore sano*. Desgraciadamente, la vida del instituto fue corta: seis años, pero seis años con resultados satisfactorios.

Como las dificultades económicas abundaban, al poco tiempo fue trasladado el colegio a la antigua Casa de Letras, situada en la calle 12 con la carrera 15, en donde funcionó hasta que, llegado a Colombia Monseñor Agnozzi, Delegado Apostólico, puso empeño en conseguir, como lo logró, que se fundara la Universidad Católica tomando como base el colegio. La nueva Universidad inició tareas en 1884, encaminadas preferentemente por el representante del Sumo Pontífice a levantar el decaído espíritu religioso. La Universidad, que estuvo dirigida transitoriamente por el doctor Martínez Silva, no tuvo tampoco larga duración. En 1888 fue necesario clausurarla.

Cierto día se presentó a las puertas del Colegio del Espíritu Santo un joven tímido, de modesto atuendo, que no llevaba más credencial que su ansia de saber y la firme voluntad de formarse. Había hecho estudios en el Seminario de Medellín, dirigido por los eclesiásticos José Ignacio Montoya y José Joaquín Isaza. Sus intenciones de seguir la carrera eclesiástica, que juzgaba muy de acuerdo con su desamparo y apropiada para pasar a lo largo de la vida desapercibido, se truncaron porque pesaba sobre el aspirante la tacha de haber nacido en circunstancias conocidas, en una choza pajiza, el 23 de abril de 1855. El fracaso de esta aspiración ahondó un complejo que habría de persistir e hirió profundamente los delicados sentimientos del hijo que veneró, distinguió y acompañó a su madre hasta ver su cadáver conducido en hombros de ministros, embajadores y altas personalidades de la política y de la sociedad. ¡Qué bella fue la actitud del señor Suárez

¹ LUIS MARTÍNEZ DELGADO, *A propósito del doctor Carlos Martínez Silva: Capítulos de historia política de Colombia*, 2ª ed., Bogotá, Editorial Marconi, 1930.

entonces! Destacado entre centenares de avisos de invitación al sepelio de la madre muerta cuando el hijo había escalado las más altas posiciones oficiales, apareció fijado en las calles de la ciudad el que redactó con noble y soberbia elegancia el señor Suárez: "La señora Rosalía Suárez ha muerto. Su hijo Marco Fidel Suárez invita a sus exequias que tendrán lugar en la Iglesia de la Veracruz...".

En el salón rectoral del Colegio se encontró el joven Suárez con la figura severa pero cordial del doctor Carlos Martínez Silva quien le tendió la mano con vivo sentimiento de simpatía. Don Marco presentó al rector certificados de sus estudios y con llaneza relató su precaria situación, sus vehementes deseos de estudiar, sus fracasos y la dura situación de su madre y de su hermana que esperaban, Dios mediante, encontrar en él un único y verdadero apoyo en su dura lucha por la vida. El doctor Martínez Silva se impresionó hondamente y preguntando y más preguntando sobre la situación política, social y económica de Antioquia que no desconocía, pues había desempeñado durante un año la Vicerrectoría de la Universidad de Antioquia bajo la administración del doctor Pedro Justo Berrío, se dio cuenta de que tenía delante de él a un joven de extraordinarias capacidades, que contaba con una seria formación moral y bases de notable preparación intelectual debidas, en gran parte, al esfuerzo personal. Fue suficiente este conocimiento rápido, intuitivo, para que le fueran abiertas las puertas del colegio a Suárez no sólo gratuitamente sino con la oferta cumplida de darle alojamiento y confiarle algunas cátedras con una modesta remuneración. Así nació el respeto y la admiración de don Marco Fidel Suárez por el doctor Carlos Martínez Silva, quien lo llevó más tarde a su casa y lo vinculó con su padre, el doctor Rito Antonio Martínez, jurisconsulto notable, magistrado de la Corte Suprema de Justicia, escritor y político de relieve en nuestra historia.

En los mismos planteles, el Colegio del Espíritu Santo, primero, y después en la Universidad Católica, estudiaba derecho y ciencias políticas a la vez que dictaba algunas clases, el doctor Luis Martínez Silva. Coursaban también estudios superiores en la Escuela de Jurisprudencia de la Universidad: Juan

Francisco Mantilla, Miguel Antonio Llanos, Manuel Borrero, Arcadio Tovar, Defrancisco, E. Polo, Gerardo Torres, Marceliano Vargas, Eduardo Posada, Gonzalo Mejía, Sinforoso Quiroga, Marco Fidel Suárez, Lucas Tovar A., Santiago de la Guardia, Carlos Matamoros, Alejandro Motta, Rufino Cuervo Márquez, Santiago Manrique, Roberto Saravia, Gabriel Vargas C., Ambrosio Mantilla, Juan B. Ortiz y Antonio Daza. Entre el cuerpo de profesores es preciso recordar a don Miguel Antonio Caro, Carlos Martínez Silva y Sergio Arboleda, cuyas sabias lecciones contribuyeron a formar a don Marco Fidel Suárez.

Por lógica asociación de simpatía, desde un principio se estableció una estrecha y sincera amistad entre don Marco y el señor Luis Martínez Silva, amistad que habría de perdurar a lo largo de la vida. La sinceridad de esta amistad la descubre el señor Suárez en las siguientes cartas, dirigidas a su amigo cuando éste se trasladó a San Gil y luego a Picdecuesta en donde fundó un colegio de corta duración debido a los vaivenes de la política. Estas cartas tienen un gran valor y por eso las transcribimos en su integridad. Dicen así, escritas con la letra clara del señor Suárez:

Bogotá, 7 de diciembre de 1883

Señor doctor Luis Martínez Silva
San Gil

Querido y pensado amigo:

Recibí y leí con mucho placer la tarjeta que tuvo la bondad de enviarme con nuestro amigo H. Ramírez, de Zipaquirá. Cordialmente acepté su abrazo y cordialmente se lo retribuyo, mi querido Luis. Supe también que usted, al venirse los compañeros el lunes, quedaba bien, y arreglaba viaje para el martes; Dios quiera que él haya sido completamente feliz para usted, Guillermo [Martínez Silva] y Joaquín Gómez, y que esta cartica lo encuentre ya muy descansado, muy contento y dichoso con su respetable familia.

Ante todo, primero que todo, le diré que aguardo sin falta verlo aquí en los primeros días de febrero; don Carlos, a quien hablé acerca de la vuelta de usted, me dijo que podía contar con una colocación ventajosa en la Universidad, y que él así se lo había expresado a usted. De forma que esa colocación, la de don Víctor y otra que a ciegas

puedo asegurarle obtendrá muy fácilmente, son suficientes a proporcionarle un sueldo más que regular para el año entrante, sueldo que irá aumentándose sin falta. Es preciso, mi querido amigo, que usted se persuada de que es un hombre raro en estos tiempos (¿por qué había yo de adularle?), y que se resuelva a explotar las capacidades y carácter con que la Providencia quiso enriquecerlo. Dirá usted — ya lo veo con su modestia — que eso no es verdad, y que no es así porque no, y que usted no cuenta con porvenir en Bogotá, y que es un hombre inútil: ya lo sé que usted dirá todo eso y mucho más; pero con todo, a usted no le toca a sí propio, sino moverse y ayudarse para que el Señor ayude.

Yo no puedo resignarme, se lo aseguro, a continuar viviendo aquí solo, enteramente solo, después de tres años de fraternidad que con usted tuve. Fraternidad, amigo, tan dulce, tan apacible, tan noble de su parte, cuanto tosca, inconstante y hasta ingrata de la mía. Pero, amigo, después de las faltas viene el remordimiento; y al mirarlo hoy yo a usted ausente, se me figura que ya en la vida no se me brindará ocasión de subsanar tantas faltas como mi mal carácter dio a usted en pago de su nobleza tan cabal y tan rara. Único recurso que me queda es el del arrepentimiento que se arrepiente tarde: pedir perdón.

La paz asegurada, gracias a Dios.

Todo cual usted lo dejó; nada ha cambiado.

La Universidad se abrirá en marzo. Resulta que no pueden emprender mejoras en la Casa de Letras, porque en concepto de Cantini, un solo tramo, el de la calle, de balcón, de unos treinta metros de largo, cuesta doce mil fuertes. Por lo cual han resuelto más bien comprar un solar y edificar por partes más tarde.

Yo estoy mejor de salud, gracias a Dios. No podré moverme de aquí hasta enero.

Recuerdos a Guillermo y demás amigos. Respetos a toda su familia.

Su amigo de corazón,

MARCO FIDEL SUÁREZ.

Bogotá, 13 de enero de 1884

Señor doctor Luis Martínez Silva
San Gil

Mi querido y pensado amigo:

De Zipaquirá recibí una carta suya que fue contestada con *anticipación*, pues sucedió que yo le dirigí una a San Gil, a los tres días de ido usted de aquí. Estoy hace tiempo aguarda que aguarda cartas de don Ludovico, pero en vano. ¿Ahora se perdería la mía? ¿O será

que ese señor anda a la fecha por regiones muy subidas como quien vuela en brazos de las hadas?

Sí, esto último es lo más probable, mi querido amigo: usted feliz con los suyos, gozando de la dicha del hogar, que nunca cansa, que nunca hastía. Usted electrizado no por sus teorías eléctricas, sino... por la luz de algunos soles terrenales, pero más celestiales que el del cielo. Usted no se ha vuelto a acordar dei pobre vejete que vegeta y no vive en esta ingrata tierra. La indisposición del estómago con que usted me dejó se acrecentó pronto, degenerando en disentería: viérame usted corriendo al común cada diez minutos, víctima de un tenesmo espantoso, con evacuación de sangre, flaco como un cadáver y acaso hubiera reído de mis carreras que tanto le han gustado. Dejé al médico y tomé otro, que me curó al fin. Mi diciembre fue, pues, muy triste. Al remate de él me fui a Tibabuyes donde me estuve ocho días con Carlos y la familia. Aquí de nuevo estoy en Bogotá; pensaba ir a Pacho, pero el invierno me ha impedido hacerlo. A Chiquinquirá deseo y debo ir, pero ya me hice cargo de mis tareas. Ojalá pueda saber qué día puedo encontrarme con usted en aquella ciudad para ver si puedo ir a comulgar en el altar de la Virgen, y después abrazarlo a usted cuya compañía tanta falta me hace. Yo lo tendré aburrido de tanto cuento mío; silencio!

La Universidad está decretada, como usted sabrá. Los estatutos están todavía por hacerse. El local ha dado inmenso trabajo: se pensaba, como usted recordará, en agrandar la Casa de Letras, pero cuando el asunto se puso a la vista de un arquitecto, éste declaró no poderse aumentar en menos de catorce mil fuertes un lienzo de balcón, el de la calle, de unas treinta varas de largo. Esta sentencia asombró a los interesados, y determinó una variación de proyectos.

Después se pensó en conseguir una quinta de unos señores Nietos, situada a inmediaciones de la fábrica de gas; cerrado el contrato, fue disuelto después por el señor Delegado a causa de parecerle muy caro el precio del alquiler: \$ 250. Ultimamente, como cosa segura, se tienen las cuatro casas de letras (las dos de siempre y las otras dos contiguas); todas de la señora Pilar, quien las arrienda por \$ 250 mensuales todas cuatro. Ya recibió mil pesos adelantados para entrar mejorando la casa vieja, pues ella se compromete a entablar ambos pisos, lo mismo que a blanquearla y pintarla. Lo de los comunes es el mayor obstáculo, pero se piensa obviarlo formando un depósito de agua que periódicamente asee a aquellos. Para la disposición de las casas y las reformas que hayan de hacerse en su distribución, hace usted mucha falta para que indique qué debería hacerse y desbaratarse.

Me parece que Ud. será Vicerrector o Prefecto de la Universidad con un sueldo de sesenta fuertes libres, como a Ud. se lo había dicho en mi carta pasada, aunque no le determiné cantidades, me parece. A lo menos era eso lo que don Carlos me manifestó en días pasados;

por supuesto que el Consejo será quien resuelva definitivamente sobre sueldos; pero es más que probable que el suyo no bajará de aquella cantidad.

No tengo nada que contarle. Nada ocurre por aquí. La política lo mismo, siempre pequeñita y un tanto inmunda. Junta de Delegados convocada para el primero de marzo, dizque con el objeto principal de organizar militarmente el partido, pensamiento éste del general Canal. Esto tiene su efecto bueno, como Ud. y yo hemos conversado, pero a las bajas alturas a que nos encontramos y cuando parece que este sainete de los diablos va a terminar, en estas circunstancias el tal proyecto parece no ya inmaduro sino, al contrario, seco y sin jugos. Dios sabrá.

¡Ah! ¡Me olvidaba! ¡Tres jesuítas en la tierra!: el Padre Valenzuela Mario y otros dos más, como Ud. sabrá. Vendrán luego diez y seis. El señor Paúl, nombrado Arzobispo sucesor del señor Arbeláez, cuyos días (Dios no lo quiera) serán pocos. Los jesuítas van a restablecer las misiones de los Llanos, y al efecto ya están viendo por fundar un hatillo de miles de cabezas de ganado para sustento de las misiones. ¡Qué gente! ¡Si el cielo no nos los arrebatara! Hay señales del campo de Israel luminosas y tenebrosas del lado de Egipto. ¿Querrá Dios salvar a esta tierra?

Le deseo una salud muy cumplida, un bienestar perfecto, un aliento hercúleo para bailar, una fosforescencia endiablada para mirar los satélites de Júpiter (2, no 4, o diré pares) y mucha felicidad a su respetable y estimada familia.

A Guillermo, Juancho, Carlos, etc., un abrazo. ¿Qué hay de artículos para el doctor Osorio? Afane, afane. Lo saludan los Enriques y Jorge Roa.

No olvide Ud. a su viejo amigo vejete,

MARCO FIDEL SUÁREZ.

Bogotá, abril de 1884

Señor doctor
Luis Martínez Silva
Piedecuesta.

Querido y pensado Luis:

Ante todo, quiero librar mi corazón de una carga que me tortura: en carta de su papá, y en carta de Roa (con quien estoy ahora) se queja Ud. de mi silencio. No puedo explicarme esto, Luis: dos cartas, una suelta y otra adjunta a un oficio, le he escrito; en cuanto a telegramas, dos recibí simultáneamente y con uno le contesté. ¿Qué fue de mis cartas, qué del telegrama? No llegaron a manos de Ud. pero sí partieron de las mías. ¡Oh, querido Luis, cuánto he esperado una

letra de Ud.! Cómo era yo capaz de pasar tanto tiempo sin contestar sus palabras, que tan caras me son y que tanto me han aliviado en mis angustias!

Segundo cargo: le dice Ud. a Roa que yo no le he contado lo que de Ud. ha sido (refiriéndose Ud. a carta de Roa). Pues en este momento estoy retando a este nuestro bueno cuanto desmemoriado amigo, y por fin me concede que le dije que su venida era dudosa, que quizá se quedaría, etc.

Defendido de mis cargos, paso, caro, pensado Luis mío, a contarle lo que es de mi pobre vida.

Estoy, o mejor, estuve hasta hace quince días que me pasé a vivir donde Roa, solo, enteramente solo, solo como Fray José. Se fue Enrique Ramírez, se fue Enrique Fernández. No hubo para mí albergue en el nido que por tres años me confortó, y quedé sin abrigo literalmente, almorzando en una parte, comiendo en otra, durmiendo donde me cogía la noche. Amigo, he llorado y no de cobardía sino de fundada tristeza, al verme reducido a completo aislamiento. Por fin Roa consiguió una casa en San Victorino, y hoy vivo en aquella piececita donde vivieron los Mantillas: ya se ve que Roa y mi señora Eufemia me han colmado de favores que yo jamás podré olvidar. Cuando estamos juntos, lo que es muy frecuente, su recuerdo suele revolotar en medio de nosotros y como en días mejores para mí siento el placer de aquellas veladas tan llenas de confianza y de gusto que Ud. y yo pasamos en este hogar bueno y dichoso.

Perdóneme, Luis, que me deje arrastrar de poesías, porque en mi caso es muy cierto aquello que dijo Dios: "de la abundancia del corazón habla la boca". Yo, ¿por qué negarlo?, vivía medio feliz en Bogotá los años pasados y uno de los elementos de mi dicha, a lo menos de mi tranquilidad, eran sus buenos ejemplos que Ud. me daba, sus consejos, sus consolaciones, sus reprensiones, más caras que todo, pero que ¡ay! yo desoí muchas veces.

Va vinculado el recuerdo de Ud. a tantas cosas! Me dejó Ud. tantos motivos para acordarme de Ud. cada momento. En la mesa, en el colegio de don Víctor, en la Universidad, en el paseo, en el insomnio, en toda parte, yo no puedo acostumbrarme a esa muerte, que no es otra que una separación, probablemente eterna.

Lo peor de todo es que yo, debido a la soledad de que le hablé, he caído en un desaliento más profundo y en más amargo tedio de aquel que Ud. me conoció hace dos o tres años. Veo todo de color de sepultura, casi me he vuelto misántropo completo (excepto aquellos a quienes he colocado en mi corazón en puesto invariable): todos los hombres me dan miedo. Mi vocación cada día más dudosa, mi vejez cada día más inminente, para no haber hecho nada útil, la ausencia de mi madre indefinida, la vida tan igual, todo me tiene lleno de angustias. Si el Señor me concediera con qué mantener a mi familia

de modo que yo no tuviera más que pensar en ella, entonces yo sabría lo que hacía. Pero qué: el dinero me huye a mí y jamás juntaré con qué lograr mis ansias, para lograr la paz de mi alma adolorida desde mi niñez y triste hasta la muerte.

"Pero déjese de lloriqueos, me dirá Ud.; cuénteme lo que es de su vida". Voy a contárselo.

Secretario de la Universidad *in partibus*, aún no he cogido un medio por esa canongía; catedrático de gramática, gano por la clase veinte pesos; donde don Víctor gano lo mismo que antes, al doctor Osorio le trabajo lo que Ud. sabe y mi destino de la Biblioteca lo tengo vacante porque un joven desvalido, antioqueño, lo está poseyendo interinamente.

Ha de saber que el doctor Galindo, después de haberme torturado, se me convirtió en declarado protector, así fue que estuve en la Secretaría de Hacienda hasta el término de su administración.

Tengo esperanza de que me dejen allí o me mejoren algo y ganar unos ciento sesenta pesos por junio. Como donde don Víctor y vivo donde Roa, como le dije. Debido a don Miguel Antonio Caro, que es el actual rector de la Universidad Católica y a que ejerzo mucho ascendiente sobre el Delegado, me darán una pieccecita en la Universidad y en la Pascua regentaré también la clase de latín inferior.

La materia me conduce a hablarle de la Universidad muy *sotto voce* por supuesto. Quizá mis palabras serán acres y acaso pecaminosas habiendo de por medio personas consagradas. Perdone Ud. y Dios me guarde, pero hay que contarle lo que pasa, y para ello tomaré la historia desde arriba.

Los cien mil pesos de que nos hablaban fueron humo; los reglamentos que dizque tenían a la vista para forjar el nuevo se los tragó la tierra. Desde luego, pues, se incidió en un error gravísimo al afrontar tan colosal empresa: comenzar a trabajar sin cimiento y "ensillar antes de traer las bestias". Fue así que la tal Universidad abierta ya, se encontró desorganizada a un punto tal que causa espanto.

Monseñor resultó en este asunto diverso de lo que pensaba: ligero, voluntarioso, crédulo y poco cortés. Desde luego los que debemos a don Carlos amor y gratitud hemos tenido que sufrir las enormes injusticias que aquel señor ha cometido con él, con él que dejó su colegio, su única industria, para favorecer a la Universidad!

Pero la abnegación de don Carlos hubiera hecho infecundos los precedentes puestos en las injusticias con él ejercidas. Lo que sí no ha tenido remedio ni lo tendrá acaso es la desorganización en que esto se halla, los despropósitos diarios que se cometen, la absoluta ausencia de régimen interno, etc. ¿Quiere formarse Ud. una idea de las sandeces que aquí se cometen? Cuando yo vine al Colegio del *Espíritu Santo hacía tiempo que se había salido un tal Evangelista Rodríguez* (alias Pedro Rodríguez); pues con todo yo conocí de nom-

bre al sujeto porque tenía la fama más firme de majadero; después de ese tiempo he recorrido otros colegios, y "la luminosa huella de su paso" ha sido siempre igual; pues Pedro Rodríguez es Prefecto de la Universidad Católica.

Es verdadera tirria la que tiene SS. por todo lo que se relaciona en algún modo con don Carlos y su colegio antiguo. Fernández hubo de irse, Motta estuvo expuesto a lo mismo, yo al principio me vi en el aire, pues ni una clase querían darme. Sabedor de eso, me curé en salud, y fui a casa de SS. y le dije que no admitía clases porque no era competente; después, debido a la necesidad y a otras circunstancias, las cosas han variado y mis determinaciones también.

Le he ganado pues a Ud. en esta vez; acuérdesse cuando le decía yo a Ud. que esto era inmaturo; si se tardan un año siquiera allegan recursos, meditan reglamentos y conocen el huésped.

Así también le ganaré la apuesta que tenemos respecto a la política. El partido conservador se postra cada día más. D. Núñez escogerá entre seguir solo o con los conservadores o con los radicales; solo porque el independentismo se borra por momentos. No escogerá los dos primeros caminos, luego se unirá a los radicales. Y ello así parece. Becerra está fabricando unión liberal, y aunque esto no es grave indicio, pues ya se sabe que Becerrita procede y ha procedido *motu proprio*, sí es suficiente motivo de temor el hecho de que el doctor Núñez está engrandeciendo mucho a don Justo Arosemena, hombre honrado e ilustrado, cierto, pero que irá más allá de donde fue el doctor Zaldúa; él será el matiz que una este naranjado partido con el rojo tradicional. Quien viviere lo verá.

Ludovico amigo, le contaré que estoy perdidamente enamorado de... una monja. Jamás me había visto tan fuera de mis casillas como ahora que me tiene enloquecido la más bella visión que he visto en mis 23 inviernos. La morena más hermosa y recatada, cuyo nombre es el secreto de mi vida, la mujer más atractiva que ha pasado ante mi vista me tiene hecho un jumento al mismo tiempo que un energúmeno, un Tenorio y un Quijote. Ud. no la conoce; yo la he visto tres veces apenas de enero acá y sin embargo la herida que llevo en mi alma por ella abierta mana y manará sangre hasta quien sabe cuándo. Francamente jamás había sentido pasión igual, mi querido Luis, a tal extremo, que si yo pudiera obtener ese tesoro, en el mes entrante me despacharía. Pero ¿qué resultará de este nuevo episodio de mi triste vida? Resultará un desengaño más y una esperanza menos; surgirá una nueva sombra y no una nueva estrella, se rematarán los pocos pelos de mi calva y se acabarán de platear mis sienes y "para colmo de penas" me decidiré resueltamente a entrar de cartujo, mendicante o trapense, cuando cumpla la edad de la crucifixión, los treinta y tres. Pero si ha de ser así, si ella ha de inducirme a fin tan santo, bendita sea ella.

Tenga por no dicho esto que le cuento, pues no pasa de ser una chanza.

Su papá, a quien fuí a visitar, me ha dado momentos de gusto y de entusiasmo: a la figura del señor Gómez Plata, cuyo retrato he visto, reúne el alma del patricio de otra edad. No debo decir esto a Ud.; apenas que he sentido el placer natural en ver al padre del más querido de mis amigos. A la señorita su hermana no he sido capaz de saludarla.

Siempre su amigo, su amigo de corazón,

MARCO FIDEL SUÁREZ ².

Bogotá, 1884

Mi querido Luis:

Después de escribir a Ud. cartas de a cuatro pliegos que, por supuesto, se quedan sin contestación, por hoy apenas le mando cuatro letras para saludarlo.

Amigo Luis: Mucha falta me hace Ud. y hace a todos mis amigos. No puedo acostumbrarme a vivir así. Por fortuna en casa de Roa he encontrado algún consuelo, en su grata compañía para mi frío corazón. ¿Qué?, dirá Ud., pues, acerca de lo que decía de mi calva, y aplíquese más bien a mi pecho; hay fuego interior pero hielo exterior.

Escríbame y cuénteme qué hace, qué piensa, quiénes son sus compañeros, cuál es la dama de sus pesares, etc.

Para hablarle de todo y para que Ud. se forme idea de lo que es la Universidad Católica y cuán majaderos son los que la dirigen, voy a transcribirle una carta que encuentro ahora sobre mi mesa, contestación a otra en que yo reclamé del Director del Colegio de la Universidad C. obligara a que los alumnos asistieran puntualmente a cierta clase que hago; esto me dijo el señor Director:

“Señor: En contestación a su esquila, digo a Ud. lo siguiente: Anote las faltas en la hoja que con este objeto se le ha entregado, cumpla con lo de su deber y espere que los superiores provean lo que convenga. — Bogotá, etc. — PEDRO MARÍA BRICEÑO. — Sr. Marco F. Suárez”.

El mayor desorden reina en esa llamada Universidad. Me acaba de decir Napoleón Riveros que anoche en la calle a las once de la noche andaban 7 internos que, habiendo comprado al sereno de la

² El señor Suárez hace referencia en esta carta a Monseñor Agnozzi, a don Víctor Mallarino y su colegio y a don Ricardo Becerra. El partido anaranjado era el “nacionalista”, integrado por liberales y conservadores del cual fue jefe don Miguel Antonio Caro. Posteriormente, el señor Suárez fue “nacionalista”. El doctor Galindo mencionado en la carta era el doctor Anibal Galindo. El doctor Gómez Plata era tío del doctor Rito Antonio Martínez, a quien educó.

cuadra, se descuelgan por los balcones. Allí se bebe y se juega perennemente, allí no hay más que vagabundería. Pobres muchachos mandados por sus padres a aprovechar el tiempo, han encontrado en lugar de estudio, decepciones, o vanidad y ocasión de corromperse.

Yo no me explico cómo se ha verificado una concurrencia tan igual, tan absoluta de disparates en la creación y establecimiento de esto. Es, amigo, que da grima ver cómo se hacen aquí todas las cosas al revés. Comenzando por lo prematuro de este proyecto que no se meditó y nació al mundo sin pañales, y acabando porque ese señor (perdonámelo, Dios) es loco rematado, yo no sé si de vanidad o de naturaleza, ello es que esto no pasará de julio, lo cual demuestro así:

El único sostén que esto tiene para vivir uno o dos años son las cuotas de los estudiantes; fuera de esto, no se han recogido más que unos 300 de donativos! Los cien mil se los llevó el diablo. No hubo tales cien mil. Pues bien, si se retiran (y se retirarán) casi todos los internos, la U. C. perecerá de inacción ahora en julio, al tiempo de pagarse la segunda cuota.

¡Ay, amigo mío! No le faltaba al P. C. [se refiere al partido conservador] más que este último sello de inepticia, de ignominia, de vergüenza para quedar rematado. Perdió el crédito de fuerza física en los campos de batalla, perdió el honor tradicional en la liga, perdió la reputación de partido ilustrado y disciplinario en la Universidad Católica. ¡Maldición! Le ganaré la apuesta y tendremos que beber mucho brandy y mucha champaña... el día que me case con la morena a quien veo todas las tardes. ¡Mentira!

Voy a contarle un proyecto que creo Ud. me aprobará, y no aguardo sus consejos.

Yo no estoy mal actualmente, pues gano unos \$ 140 libras. A la venida del doctor Núñez, me dicen algunos que mejoraré y al efecto hay personas que se interesan en mi favor. Con todo, yo quiero dejar la tierra, y para hacerlo trato de conseguir (qué demonios, a "río revuelto") una colocación en Europa, comprometiéndome por un contrato a ir a Alemania con el objeto de estudiar métodos pedagógicos. El señor que me aconseja esto es hombre de mucha experiencia, y me dice que aunque el gobierno me retire los auxilios, apenas llegue a aquel país, yo podré ganar perfectamente la vida y la de mi familia, colocándome en una casa editora de libros españoles. Este señor está seguro de que me colocará, hasta el punto de que me ha dicho que me ponga a estudiar alemán — tiene, aparte, grande influencia sobre Núñez —. Yo me iría gustosísimo, mi querido Luis; no que me haya vuelto romántico, lo que tampoco supone que sea clásico, si le aseguro que la vida no tiene para mí grandes halagos en lo que se refiere a placeres y gusto, vedados para mí, Dios sabrá por qué. Apenas aspiro a mantener a mi familia y a rodear de cuidados y contemplaciones a mi madre en sus últimos años; por mi parte quedaría feliz

si pudiera trabajar para llenar ese deseo, y dedicarme a estudios, que aunque estériles, siquiera distraen y hacen que la vida pase desapercibida. Esto aquí no puede conseguirse; el medio en que uno vive es deletéreo. Hay que huir, si se puede, en busca de otra vida; y Ud. más que nadie lo desea, ¿no es verdad? El matrimonio no tiene para mí más atractivo que el de ser higiénico y preservativo; por lo demás me parece carga pesadísima e insoportable a mis hombros. No crea que es cierto lo de Helena... ya le dije cómo se llama ¡vaya!

Conque si algún día de estos le anuncio viaje, prepárese Ud. para seguirme luego que yo le busque acomodo.

Sea feliz cuanto es Ud. digno de serlo, y no olvide a este

Su amigo,

MARCO FIDEL SUÁREZ.

Bogotá, 4 de agosto de 1884

Señor Doctor Luis Martínez Silva
Presente

Mi querido Luis:

Carta de Ud. produce en mí el contento que se siente al ver lo que mucho se estima y lo que al mismo tiempo es muy caro para el corazón. Por eso me he deleitado en la lectura de la que recibí antier, fechada de junio o julio (no recuerdo bien), en que Ud. — llevado indudablemente de remordimiento de conciencia — puso un paréntesis a ese su silencio que tan mal sienta a su bondad como causa daño al corazón de sus amigos.

Primero que todo dé a su estimable amanuense, a nombre mío, un saludo muy cariñoso por el recuerdo que me consagra, si es que un ente desconocido e ingrato como yo puede excitarlos. Dígame que hago con creces la estimación que me manifiesta, tanto más que siendo amigo de Luis Martínez, tiene que ser hombre de honor y por lo mismo acreedor al aprecio de todo el mundo, aunque no sea conocido.

Lo de tieso y estirado que Ud. a sí mismo se atribuye, no lo contesto. Cada uno es como Dios lo hizo, decía don Sancho Panza, y yo en la vida pienso como el Panza a veces, y otras como el don Quijote.

Las apreciaciones que de mí hace Ud. y las consecuencias que saca de ellas las aceptara como hijas de un sentido tan recto como es el suyo, si no fuera que vienen derecho a pugnar con las que yo tengo formadas hace muchos años.

Hay que quitarles, pues, lo que tenga valor numérico y dejarles apenas lo que carezca de eso: así las acepto. Pero es visto que no puedo inferir con Ud. que aquí, ni en Antioquia, ni en Europa, ni en Santander, ni con Ud. ni con nadie, pueda yo servir de algo.

Decididamente yo nací para... poner de manifiesto cuán triste es un hombre mostruoso, sin carácter, sin constancia, sin ideas fijas, sin nociones para la vida práctica. Mi misión, en resumidas cuentas, es la misma que la de los locos: hacer ver, por medio del contraste, cómo el color negro hace resaltar el blanco, hacer ver la excelencia de las virtudes y del buen criterio precisamente por medio de la ausencia. Y punto final, que esta convicción es un hecho *consumado*, más consumado que la toma de Troya.

(Perdone que le escriba muy de prisa, para evitar una semana más de retardo en contestarle).

Continúo: para irme a Piedecuesta, a ser compañero de Ud., le hablaré con franqueza y le diré que me hallé impulsado por el deseo de disfrutar una vez más de su compañía y protección, que me es sumamente grata; cuánto lo será puede verse atento a que yo lo estimo a Ud. como si fuera mi hermano. Pero semejante gusto no puedo realizarlo: mi familia me lo impidió en razón de la distancia, y ya Ud. sabe el poder de un veto maternal, yo no iría allí más que a dar a Ud. y a todo el mundo disgustos con la atrabilis y defectos de mi carácter, con la inutilidad de mi trabajo, y la pereza que me suele dominar; y ¿cómo se supone Ud. que yo fuera a aceptar esa dirección hallándose Ud. presente?

De aquí se infiere que yo no puedo admitir como ciertos todos esos discursos que Ud. hace a este propósito, discursos que son una prueba de que las virtudes también engendran errores, pues la benevolencia de Ud. y su modestia a semejantes disparatados conceptos lo conducen.

Vengo a la media naranja.

Hombre, me he convencido de que la necesito, pero también que no puedo conseguirla. ¡Demonio! ¡Qué vida la que se le espera a un ente tan infeliz como yo! Y la vejez que atropella, las sienas que se blanquean, y la mollera que se despeja exteriormente y queda despolbada de su natural cubierta. ¡Jesús! ¡qué soledad!

Una chica muy conocida, con unas pasaditas que le doy (¡malditas pasadas!), está creyendo que hay enlace; y dizque llora por mí. Qué cosa, y esto me tiene fregado: qué pantano en el que estoy. El camino está trazado, ¿no le parece? Romper, cortar este nudo.

Pero me avergüenzo de hablar de estas cosas a Ud., hombre exento de las heridas de Cupido, hombre que tiene seguro contra incendio bajo su propia palabra, se entiende.

No, no creo que Ud. esté tan tranquilo cual me asegura. Acuérdesse que su anagrama es: "luz, mar y tinieblas"; pues las tinieblas son las cejas, la luz su talento, y el mar, además de su bondad, ¿no será, no habrá de ser el ígneo mar de sus amores a las chicas reales o aéreas, o platónicas, o lo que quiera, pero chicas al fin y medias naranjas? No

sea maquiavélico, que en este punto es en el único con que Ud. es hipócrita, mi querido Luis:

Fernández me encarga darle especiales saludos y recuerdos. Está sumamente aburrido en Antioquia.

Ramírez ni recuerdos para Ud., ni para mí.

Cumplí sus recomendaciones en parte y acabaré las que me restan. No hay tiempo.

Su amigo,

MARCO FIDEL SUÁREZ.

P. D. A. A todos los amigos que por allí existen míos, recuerdos.

Bogotá, 1885

Señor Doctor Luis Martínez Silva
San Gil

Mi querido Luis:

Aunque Ud. se declara deudor, e insolvente, en un retazo de carta que me escribe en una de Jorge Roa, no obstante le aumentaré la carga de deudas, porque es sabido que a los deudores de su clase, de ellas no les hace peso.

Me alegra mucho que la franqueza vaya entrando ya en su carácter y que se reconozca, aunque tarde, pasador de las horcas caudinas de Cupido. Ojalá que ese complemento lo halle Ud. pronto para su felicidad y contento de sus amigos ³.

Nada ocurre por aquí digno de mencionarse; el doctor Núñez, según parece, no vendrá, lo más probable es que la cama sea una grave dolencia de muy mal carácter; los vaivenes a este respecto son varios, pero yo he oído decir a persona muy veraz que Núñez hizo ir de Bogotá a cierto médico que le recetara, y que dicho médico en lo que escribe da a entender que la situación del Señor Presidente es muy mala.

Ya se ve que si Núñez no viene, la comedia rematará sin el último acto. Si será que el viejo quiere librarse de las caídas de la caja y mirar las llamas de lejos? Todo puede ser. De todos modos, nuestra causa está perdida por completo y con ella el porvenir de este país, cada vez más miserable y corrompido.

La Universidad Católica sigue siempre en el camino empezado;

³ Referencia a doña Mercedes Delgado Mallarino con quien contrajo matrimonio el doctor Luis Martínez Silva. Doña Mercedes, hija del doctor Evaristo Delgado, ex-Ministro de gobierno del doctor Carlos Holguín, y de doña Susana Mallarino Cabal, era nieta del doctor Manuel María Mallarino quien sucedió, como Vicepresidente al general José María Obando, caída la dictadura del General Melo, en la Presidencia de la República.

las mismas pasiones engendran los propios errores, que a su vez engendran las mismas desgracias y descontentos.

Esperaba, si venía el doctor Núñez, intrigar para irme de esta tierra malaventurada y triste para mí, pero si no realizo el viaje que deseaba, sí me iré o para Ocaña, donde tengo una buena solución, o para Marmato (Cauca), donde probablemente hallaré acogida. Resueltamente me tiene hastiado Bogotá y los papeles y las letras y las gentes y las faldas y las llanuras y el mundo entero.

Cuando muera mi madre y Dios me haya dado con qué asegurar la subsistencia de mi hermana, creo que un narcótico o una celda me darán reposo.

Le deseo felicidad.

Su leal amigo,

MARCO FIDEL SUÁREZ.

* * *

Las cartas transcritas no sólo tienen un valor extraordinario como documentos para el estudio de la personalidad del señor Suárez, sino que explican una amistad que hizo posible lo que parece imposible y que más adelante anotamos haciendo nuestra la sabia sentencia que sirve de lema a la Academia Colombiana de Historia: *Veritas ante omnia*.

En alguna ocasión don Luis Martínez Silva le profetizó a su compañero y amigo del Colegio del Espíritu Santo, que llegaría a la Presidencia de la República. Esta profecía, que fue motivo de burla por parte del señor Suárez, se cumplió con el rodar de los años. En efecto, el 23 de julio de 1917 fue proclamada la candidatura presidencial de don Marco por la mayoría conservadora del congreso. Una coalición liberal-conservadora, dirigida por el general Benjamín Herrera y por el doctor Laureano Gómez, enfrentó el nombre eximio de Guillermo Valencia al del señor Suárez. Las elecciones tuvieron lugar el 10 de febrero de 1918 y el 7 de agosto siguiente tomó posesión de la primera magistratura el que habría de llamarse a sí mismo "el presidente paria".

Con motivo de la elección para presidente, la prensa, como es costumbre, publicó cuanto le fue posible sobre el nuevo magistrado. La revista *Cromos* reprodujo una curiosa fotografía en la que aparecen el señor Suárez y su amigo don Luis

Martínez Silva. La reproducción de esta fotografía al lado de otra de la casita de Hatoviejo, hoy Bello, en donde nació Suárez, revivieron en éste recuerdos de un pasado que se había ido para no volver. Así nos lo manifestó el Presidente el día en que venciendo una natural repugnancia por los alardes palaciegos, fuimos a saludarlo y presentarle nuestros respetos. Con marcado interés nos preguntó por nuestro padre residente en Europa y nos hizo hincapié en el empeño que tenía porque regresara a Colombia a ocupar de nuevo una posición distinguida en la política y en la nueva administración ejecutiva. Bien sabíamos que el interés manifestado por el señor Suárez era sincero, y no ignorábamos que el doctor Martínez Silva tenía tomada la firme determinación de mantenerse alejado de la política, desilusionado de la misma y viva en su recuerdo la persecución de que había sido víctima, por parte del gobierno del general Reyes a quien no quiso aceptar el Ministerio del Tesoro, no obstante la intervención del Señor Ragonessi, Nuncio de Su Santidad, para que se retirara de la oposición y entrara a formar parte del gobierno.

Cierto día, al pasar por el antiguo palacio presidencial, situado en el lugar en que estuvo la casa del Precursor Nariño, nos vino la tentación de hablar con el señor Suárez para solicitarle un puesto diplomático en Europa. Sin plan ninguno definido sobre el particular resolvimos casi mecánicamente entrar al palacio y 'hacer cola' en la larga fila de los que habían solicitado audiencia con la debida anticipación.

Lentamente fuimos avanzando. Al pisar el último pedazo de la ancha escalera cubierta con alfombra de color rojo, no dejó de sorprendernos y al mismo tiempo inspirarnos cierta confianza, ver al señor Presidente sentado en un rincón del amplio *hall*, en una pequeña silla, en actitud de confesor. A su lado iba tomando asiento, por turno riguroso, cada uno de los visitantes. El señor Suárez escuchaba con la cabeza inclinada las peticiones o explicaciones de cada persona y hacía anotaciones con lápiz en un pequeño exfoliador.

Al fin nos llegó el turno esperado y para salir cuanto antes del aprieto resolvimos exponer nuestros deseos.

“—Lo felicito por su buena idea. Váyase y arregle sus asuntos para que salga inmediatamente para Europa”, fue la respuesta enfática.

Lógicamente nos retiramos muy satisfechos, con el propósito de no decir ni una palabra sobre el asunto, inclusive a las personas de la familia.

Pasaron días y semanas que completaron más de seis meses. Lo prometido había fallado y era preciso averiguar la causa, establecer si había mediado el engaño o si se había presentado alguna resistencia que nos interesaba conocer.

Una estrecha amistad nos ligaba con el lamentado poeta y escritor Guillermo Navia Carvajal, secretario privado de don Jorge Roa, Ministro de Guerra, el ‘hombre fuerte’ de la administración, político hábil como lo comprobó el doctor Carlos E. Restrepo durante su gobierno. Informado Navia Carvajal de lo ocurrido nos convenció de que habláramos con don Jorge y nos obligó, prácticamente, a acompañarlo al Ministerio de Guerra, situado en la carrera 8ª con la calle 8ª.

Con simpatía nos recibió el Ministro. Oyó con atención la relación que le hicimos y cuando terminamos de hablar, nos dijo con cierta sonrisa socarrona:

—Qué cosas las de Marquito! Todo es muy fácil de arreglar sin necesidad de recomendaciones. Muchas de éstas, agregé, no tienen importancia.

De uno de los cajones del viejo escritorio ministerial, de los conocidos con el nombre de ‘americanos’, que se cubrían con una cortina de maderas ensambladas, sacó un paquete de tarjetas de recomendación, escritas por el mismo señor Suárez, diciendo entre bromas y veras:

—Estas recomendaciones no valen. Les falta la contraseña.

Sacó otro paquete de tarjetas similares y mostrándolas explicó:

—Estas sí llevan una línea escrita con tinta en el membrete de la Presidencia de la República, que es la contraseña. Posiblemente lo que sucedió en su caso fue que la tarjeta que Marquito suele escribir, no llevaba la contraseña y, en tal virtud, hubo un descuido. Eso es todo. Voy a hablar con el

Ministro de Relaciones, y si cuando regrese de Flandes a donde tengo que viajar en asuntos relacionados con la aviación, no ha salido firmado el decreto pertinente, no deje de avisarme.

Pasaron tres meses y agujoneados por saber la razón o el motivo que había desvirtuado los buenos deseos que tan enfáticamente nos había manifestado el señor Suárez y los no menos categóricos de su Ministro de Guerra, nos vino la idea de despejar la incógnita con el doctor Gerardo Pulecio, Secretario General de la Presidencia de la República. El doctor Pulecio, viejo y hábil político, había militado en las filas de los conservadores históricos y había sido del grupo de "los 21", en 1896. Posteriormente había aceptado el acuerdo del directorio del partido conservador, firmado por el general Marceliano Vélez, que comprometía a los históricos a negar todo apoyo al gobierno del doctor Manuel Antonio Sanclemente en el caso de que estallara la anunciada guerra civil de los "Mil Días". No obstante, no pocos de los históricos, y entre ellos el doctor Pulecio, cambiaron de postura a última hora, circunstancia que no comprometió la amistad que mantuvo siempre con el doctor Luis Martínez Silva y con don Jorge Roa, también de los históricos. Esto facilitaba nuestro propósito.

En la portería de la casa presidencial nos hicimos anunciar y sin mayores formalidades se nos permitió la entrada. Al subir la escalera principal y volver hacia la izquierda en busca de la oficina del doctor Pulecio, tropezamos inesperadamente con el señor Suárez quien al vernos nos dijo en tono de sorpresa:

— ¿Usted todavía aquí?

— No se nos ha hecho ningún nombramiento, le respondimos.

— Espéreme aquí un momento, contestó dirigiéndose a la oficina de la Secretaría General.

Pasados unos minutos regresó con su sombrero de 'coco' o 'calabaza' y en voz baja nos dijo:

— Venga conmigo.

En ese momento entró el doctor Pomponio Guzmán, Mi-

nistro de Hacienda. Lo saludó cortésmente el Presidente diciéndole:

—Hágame el favor, doctor Guzmán, de seguir y esperar-me mientras hago una diligencia.

Al llegar a la escalera principal, el edecán, jefe de la casa militar, preguntó:

—¿Lo acompaño, Excelencia?

—No hay necesidad.

Se arrepintió el señor Suárez de su negativa al descender la mitad de la escalera y en voz alta le ordenó al edecán:

—Sígame a distancia.

La guardia presentó armas a la salida, y a pie, sin saber nosotros a dónde íbamos, seguimos por la llamada Calle de la Carrera 7ª, en dirección norte hasta llegar a la intersección con la calle 9ª. Cruzamos hacia el oriente. Al llegar frente al edificio en construcción entonces del Colegio de San Bartolomé, se detuvo el señor Suárez a mirar la obra y lacónicamente comentó:

—Magnífica construcción.

Reanudamos la marcha hasta llegar a la carrera 6ª y cruzamos hacia el norte sin haber pronunciado una sola palabra desde que habíamos salido de la casa presidencial, impropia-mente denominada palacio.

Los transeúntes miraban al Presidente con respeto y curiosidad. No daba él oportunidad para que lo saludaran porque caminaba con la cabeza inclinada. Por otra parte, el señor Suárez no tenía nada que temer y muy poco se pagaba de las apariencias. Todos recordamos el sencillo coche tirado por un caballo alazán en el que acostumbraba recorrer las calles de la ciudad, con orgulloso desdén, siendo Presidente de la República.

Al llegar al histórico palacio de San Carlos en donde funcionaba el Ministerio de Relaciones Exteriores a cargo del doctor Laureano García Ortiz, también viejo amigo del doctor Luis Martínez Silva con quien había compartido graves responsabilidades políticas, el señor Suárez entró derecho y se detuvo en la oficina de la Secretaría General que desempeñaba

el doctor Antonio Gómez Restrepo. Un empleado subalterno de la cancillería, cuyo nombre no recordamos, visiblemente azorado, informó al Presidente que el doctor Gómez no había llegado aún. Eran aproximadamente las diez de la mañana. El señor Suárez preguntó si estaba el Ministro y ante la respuesta negativa del empleado, se dirigió a la sala de espera que estaba solitaria. Sin decir una palabra, tomó asiento y con el sombrero apoyado en las rodillas permaneció silencioso, en actitud distraída.

No nos atrevimos a romper el silencio y mentalmente nos preguntábamos con inquietud en qué estaba pensando don Marco y a qué se debía el insólito caso de que el Presidente de la República hubiera tomado la decisión de dejar el palacio presidencial para ir a pie al Ministerio de Relaciones, dejando a su Ministro de Hacienda esperándole para tratar seguramente asuntos importantes de la administración pública. La respuesta infantil que nos dábamos, no sin cierta duda, era la de que se proponía darle una lección al canciller por no haber cumplido determinada orden relacionada con un nombramiento en el ramo diplomático.

Los minutos pasaban con desesperante lentitud. Cuando el señor Suárez se disponía a abandonar la sala de espera, se presentó inesperadamente el doctor Raimundo Rivas, miembro de la Comisión Asesora, quien después de cambiar un saludo protocolario, manifestó que el doctor García Ortiz no tardaría en llegar. Por toda contestación le dijo el señor Suárez en tono firme:

—Hágame el favor, doctor Rivas, de decirle al señor Ministro que he venido personalmente a firmar el decreto sobre nombramiento del señor Luis Martínez Delgado. Que no me envíe el decreto a palacio. Volveré a firmarlo aquí.

Sin más comentarios o explicaciones nos despedimos del doctor Rivas y emprendimos el camino de regreso que recorrimos en silencio. Al llegar a la puerta del palacio, el señor Suárez nos estrechó la mano y se despidió lacónicamente. Para nosotros era desesperante la falsa situación en que nos hallábamos.

Sin salir de nuestro natural asombro resolvimos volver al ministerio a fin de obtener alguna información. Nuestro dilecto y nunca bien lamentado amigo, doctor Rivas, nos preguntó entre bromas y veras:

— ¿De qué embajada se trata? Si no es una embajada tiene que ser algo relativo a una misión importantísima, porque venir el Presidente a firmar un decreto es cosa que jamás se ha visto!

— Pues tampoco sabemos de qué se trata y eso es precisamente lo que necesitamos saber.

Conversábamos en el pequeño salón abierto en donde aseguraban algunos que acostumbraban reunirse los ministros del Libertador, cuando oímos los pasos del doctor García Ortiz que se dirigía tranquilamente a su oficina. El doctor Rivas rápidamente lo llamó antes de que cerrara la puerta y entró con él al despacho ministerial. Pasaron para nosotros minutos de espera interminable. Al fin apareció de nuevo el doctor Rivas y con marcado asombro nos dijo:

— ¡Es inexplicable! el señor Ministro acaba de llamar por teléfono al señor Suárez para preguntarle de qué se trata, pues nada le ha dicho sobre ningún nombramiento. Lo incomprendible después de lo que he visto es que el Presidente nada concretó limitándose a decirle al doctor García que posteriormente hablarían!

La lacónica información dejó sin piso lo que con razón y fundamento juzgamos un hecho cumplido. Ya no había nada más que hacer y mohinos y desconcertados abandonamos la cancillería.

Era hiriente haber sido víctimas de una verdadera comedia y este justo resentimiento nos movió a relatarle, pasados algunos días, a don Jorge Roa, la inusitada visita del señor Suárez al Ministerio de Relaciones Exteriores y el inverosímil resultado de la misma.

— ¡Qué cosas las de Marquito! fue de nuevo su comentario.

Naturalmente, el hombre fuerte del gobierno terció otra vez en las fallidas gestiones y se entendió directamente con el doctor García Ortiz. Al cabo de varios días nos hizo ir a su

despacho para preguntarnos si aceptábamos el nombramiento de correo de gabinete, inventado por él, con el objeto de confiarnos una documentación del Ministerio de Relaciones Exteriores que había necesidad de hacerla llegar al doctor Antonio José Restrepo, residente en Ginebra, relacionada con el problema de límites con Venezuela. Don Jorge nos dio explicaciones paternales, de desagravio hasta cierto punto, encaminadas más que todo a borrar todo resentimiento con el señor Suárez no tanto nuestro sino de su antiguo amigo y condiscípulo don Luis Martínez Silva, quien tenía necesariamente que informarse de lo ocurrido.

Aceptado el cargo, que en realidad no era necesario, pues para algo son los valijas diplomáticas, a los pocos días fue firmado el decreto respectivo que fijaba una modesta asignación global por concepto de gastos de viaje y de corta permanencia en Europa. La suma señalada fue de \$ 4.000, cantidad que debía pagarse en dos contados: el 50% anticipadamente y el resto sería situado en el consulado general en París una vez que el doctor Restrepo avisara que se había dado cumplimiento a la misión oficial.

Quince o veinte días después fuimos a despedirnos del señor Suárez. Nos preguntó por la causa de la demora en salir de Bogotá y no encontramos otra razón valedera que la disculpa de no haber podido conseguir camarote. Entendió el señor Suárez que nos referíamos a los barcos de la United Fruit Company que zarpaban semanalmente de Santa Marta y que habíamos escogido por ser los que mejor se acomodaban a la estrecha situación económica que afrontaba el nuevo correo de gabinete.

Hacia poco el señor Suárez había regresado de la costa atlántica. La prensa había hecho comentarios acerca de un posible empréstito que trataría de conseguir el gerente de la United Fruit en Colombia, un señor Fernández, costarricense. Con este caballero, según la prensa, se había entendido el señor Suárez no sólo para el eventual empréstito sino para el arreglo de diversos problemas de los cultivadores de banano. Esto explica por qué don Marco escribió la siguiente carta:

Estimado señor Fernández:

El portador de la presente, el joven don Luis Martínez Delgado, hijo de un amigo a quien aprecio de corazón, viaja en comisión del gobierno a Europa. Según me informa ha encontrado dificultades para conseguir un camarote. Mucho le agradecería le ayudara a resolver el problema que se le ha presentado. — Reciba un atento saludo de su amigo,

MARCO FIDEL SUÁREZ.

Bogotá, noviembre 1º de 1920.

En seguida, en un papel de exfoliador usual y corriente, el Presidente, desalojando de su escritorio al doctor Pulecio, escribió esta carta:

Bogotá, 1º de noviembre de 1920.

Señor doctor Luis Martínez Silva
París

Mi querido amigo:

Corre el tiempo, y nos parece que es largo, cuando en realidad es un instante, porque sólo lo eterno es duradero. Nuestra vida no es, pues, más que una sombra, aunque para nuestra percepción es algo. Con todo, esa nada forma a veces muros que parecen insalvables. Yo salvo ahora el mío escribiendo a Ud. esta carta después de muchos años; y Ud. salvará el suyo, salvará su va'la de tiempo, emprendiendo con su hijo Luisito, que va por Ud., el regreso para los suyos, para su casa y amigos que anhelamos ver a Ud., abrazarlo, oírlo y volver a ser lo que fuimos.

Aquí tiene Ud. a este viejo amigo, agobiado de tribulaciones y pesares, pero siempre suyo para servirlo en cuanto pueda como hermano agradecido, como compañero que no puede olvidar lo inolvidable.

Suyo,

MARCO FIDEL SUÁREZ.

No supuso el señor Suárez que su carta para el señor Fernández nos serviría para algo más que para conseguir un camarote en uno de los barcos de la United Fruit Company. En efecto, en Santa Marta fuimos a la gerencia de la compañía a entregar la carta, con tan mala suerte de no encontrar al destinatario quien la víspera había viajado a Nueva York a bordo del vapor Carrillo. El encargado de la gerencia, un señor Taylor, si mal no recordamos, recibió la carta del Presidente y nos pidió autorización para leerla. Informado del

contenido nos manifestó que la Compañía tenía por costumbre conceder un 50% de rebaja en los pasajes para los altos empleados oficiales como ministros o embajadores, pero que el caso nuestro era especial y tenía que consultarlo. Así lo hizo y al día siguiente tuvo la atención de enviarnos al hotel un pasaje de cumplimiento de primera clase. La Compañía fue más lejos, pues al llegar a Bristol, el capitán del barco nos hizo saber que éramos huéspedes de honor, y que, en consecuencia, nada debíamos por múltiples servicios extras pedidos a bordo. Además nos arregló el viaje en primera clase en el espléndido ferrocarril de Bristol a Londres. Nunca supo esto el señor Suárez.

En París estaba el doctor Antonio José Restrepo, de manera que nos fue fácil hacerle entrega de la documentación enviada por la cancillería. Nos dio el recibo correspondiente y a solicitud nuestra avisó al Ministerio de Relaciones Exteriores lo pertinente. Importancia especial tenía para nosotros la comunicación cablegráfica del doctor Restrepo, pues nos permitía pedir el pago de los \$ 2.000 pendientes.

En vista de que el reclamo, hecho reiteradamente, no fue atendido, decidió don Luis Martínez Silva escribirle al señor Suárez, aprovechando la oportunidad para agradecerle su carta y manifestarle que cumplida nuestra misión oficial había decidido retenernos en París con el fin de que hiciéramos unos cursos en la Escuela de Derecho Internacional fundada y dirigida por el eminente internacionalista don Alejandro Álvarez para quien habíamos llevado una carta especial de recomendación de nuestro profesor en la Facultad de Derecho y Ciencias Políticas de la Universidad Nacional, doctor Antonio José Uribe. Al fin contestó el señor Suárez diciendo que la cantidad debida se pagaría a nuestro regreso a Bogotá, pues no era prudente que un joven de nuestra edad permaneciera mucho tiempo en una ciudad tan peligrosa como la capital de Francia.

Y así sucedió. Después de más de un año de permanencia en Europa y de haber viajado por España, Francia e Inglaterra regresamos a Colombia. El señor Suárez ya se había

retirado voluntariamente de la Presidencia de la República en el mes de noviembre de 1921. Cuando fuimos a saludarlo a su casa nos recibió sin hacerse esperar, en la pequeña sala cuyos muros clamaban por papeles de colgadura. Nos reprochó haber prolongado nuestra ausencia de Colombia no obstante su opinión en contrario. Pero para nuestro fuero interno nos satisfacía el reproche y nos complacía el desquite por los hechos de que fuimos actores inocentes, hechos incomprensibles pero explicables dada la compleja personalidad del señor Suárez.

LUIS MARTÍNEZ DELGADO.

Bogotá.